
PASEO AL AMANECER

Es invierno y es de noche. Espero en casa a que amanezca. Con la luz primera, descendo suavemente por Caldevilla hacia el río. Vivo en una calle que lleva a un río. No es algo habitual, me doy cuenta mientras camino, y lo aprecio. Al final, junto al Guadalete, en el espacio abierto del parque Calderón, un aire salino y fresco, especialmente vivificante, me recibe. Un saludo del mar, pienso espontáneamente.

Nadie en la ribera. La marea, ese mundo cíclico e intermedio, saturado de aromas, está baja. Se intuye la presencia cercana del Atlántico, su aliento poderoso. Camino por el Parque. Botes desvencijados con colores desteñidos y sugestivos, clavados en la bajamar, invitan a la fotografía, a la pintura o a la contemplación.

Al fondo de la larga perspectiva del palmeral, se ve la silueta del Vapor atracado. Una imagen esencial de El Puerto, en medio de un paisaje mitad fluvial, mitad urbano. El barco, figura entrañable, aparece como el lazo de unión de dos mundos, el río y la ciudad, que a veces me parecen cercanos y a veces olvidados el uno del otro.

Disfruto del paseo. El Vapor parece esperarme a lo lejos, inmóvil, con un aire paciente y una cierta, sabia, condescendencia.

